

**GALERÍA
ARTÍSTICA**

**VERÓNICA ROMANO
(BUENOS AIRES, 1969)**

Laura Isola

Universidad de Buenos Aires – Universidad de Tres de Febrero

Es escritora, investigadora y curadora especialista en artes visuales y literatura. Estudió Letras en la Universidad de Buenos Aires. Enseña "El concepto de belleza en las artes visuales y literatura en el siglo XX" en el área de Formación general (UNIFE), "Literatura del siglo XX" en Letras de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA) y dicta un "Taller de escritura de géneros periodísticos" en la Maestría de Estudios Literarios Latinoamericanos (UNTREF). Publicó artículos en libros sobre crítica literaria y ensayos sobre artes visuales. Colabora en la página de artes visuales en suplemento Cultura del Diario Perfil y en La Agenda Revista-Buenos Aires.

Contacto: lauraisola@yahoo.com

ORCID: [0000-0001-9937-849X](https://orcid.org/0000-0001-9937-849X)

DOI: [10.5281/zenodo.12967448](https://doi.org/10.5281/zenodo.12967448)

“Yo persigo una forma”, el poema de Rubén Darío (*Prosas profanas y otros poemas*, 1896) comienza con esa decisión de ir tras la “forma que no encuentra mi estilo”. Los versos que siguen dan cuenta de lo que ese libro, y sobre todo, esa poesía refiere al momento de su carrera. La crítica coincide que el paso por París y por Buenos Aires, la demostración de las técnicas poéticas, su modernidad, el conocimiento de nuevas corrientes literarias, adaptadas a la práctica en Hispanoamérica, ponen al poeta nicaragüense discutiendo un liderazgo en este sentido. En todo caso, es casi de falsa modestia, ya que ese “estilo” está bastante conformado. O bien es una busca eterna sin sosiego a la que va acechando a lo largo de su obra poética. “Y no hallo sino la palabra que huye,/la iniciación melódica que de la flauta fluye/y la barca del sueño que en el espacio boga” es el terceto que no hace más que confirmar esta levedad, fluctuación, huida, seguimiento y acechancia de lo lábil del verso, la liviandad que se hace carne en el estilo.

Para el final de este soneto pone a jugar el relato infantil, el sueño como materia difícil de asir (“y bajo la ventana de mi Bella-Durmiente,) el agua que se escurre y no deja huella (“el sollozo continuo del chorro de la fuente”) y la aparición del cisne como figura central, como símbolo y enigma que se repetirá en una idea pregnante, recurrente y mágica: “y el cuello del gran cisne blanco que me interroga”.

Salidas de estos versos están las esculturas de Verónica Romano, esta escultora argentina que nació en Buenos Aires en 1969. Son la materialización de ese interrogante que no cesa. La pregunta por la forma que repite en cada vuelta del cuello largo del cisne. Las poses del ave mitológica son recreadas en las esculturas de bronce. Resplandores y opacidades, curvas y contracurvas trazan el recorrido que va desde los siete cisnes sagrados que dan la vuelta a la isla de Delos, cuando el nacimiento de Apolo, hasta el mito de Leda. En cuanto al primero, este dios recibe de Zeus la lira y el carro tirado por estos cisnes que fueron considerados por los griegos el emblema del poeta inspirado. Para el segundo, Zeus se enamora de Leda que era mortal y se transforma en cisne y engendra con ella a los mellizos Helena y Cástor. Asimismo, la mujer tiene a Pólux y Clitemnestra con su marido que no era un dios.

En el poema “Los Cisnes” de *Cantos de Vida y Esperanza*, el yo poético se une al frenesí y quiere ser cisne. Ruega que esa mimesis le depare

versos fructíferos. Fecundar y concebir; desafiar el pudor y volverse cisne en una metamorfosis blanca de pecho rosado: “Por un momento ¡Oh Cisne!, juntaré mis anhelos/ a los de tus dos alas que abrazaron a Leda,/ y a mi maduro ensueño, aún vestido de seda/ dirás, por los Dioscuros, la gloria de los cielos./ Es el otoño. Ruedan de la flauta los consuelos./ Por un instante, ¡Oh Cisne!, en la obscura alameda/ sorberé entre los dos labios lo que el Pudor me veda,/ y dejaré mordidos Escrúpulos y Celos./ Cisne, tendré tus alas blancas por un instante/ y el corazón de rosa que hay en tu dulce pecho/ palpitará en el mío con su sangre constante”.

La fuerza del poeta y de la poesía se funden en el cuerpo el cisne y Romano lo encarna en sus esculturas. Serán la unión de la que nace Helena, el emblema y personificación de la belleza. Serán las piezas fundidas en bronce de esos cuerpos torsionados, de picos vigorosos y de alas insinuantes los que dicten la nueva rima. El pasaje de la palabra a la forma. La que encuentra, por fin, el estilo.

¡Oh Cisne! ¡Oh sacro pájaro! Si antes la blanca Helena
del huevo azul de Leda brotó de gracia llena,
siendo la Hermosura la princesa inmortal,
bajo tus blancas alas la nueva Poesía
concibe en una gloria de luz y de armonía
la Helena eterna y pura que encarna el ideal
(Rubén Darío, “El cisne”, en *Prosas profanas*)

Para el dossier se seleccionaron las obras de Verónica Romano de la serie *Sueño con cisnes*, 2024¹ e imágenes de algunos documentos del fondo dariano de la Hesburgh Library de la Universidad de Notre Dame, Estados Unidos.

¹ La exhibición sigue disponible en Tramo hasta el 31 de julio: <https://artfacts.net/exhibition/veronica-romano:-sueno-con-cisnes/1185992>